

Pero ¿cuál es el texto de esa revelación? El instrumento por el cual se hizo, es calificado y digno de crédito?

Vamos á verlo luego.



#### CAPITULO IV.

*Nacimiento de Zoé.—Muere su madre.—Sepárase su hermana mayor.—Comulga á los doce años.—Su fervor y devoción.—Sus fatigas.—Las palomas.—Su simbolismo.—Un sueño misterioso.—Un retrato.—Una buena amiga.—Un ataque satánico.—Corta prueba.—Triunfa María y el demonio es derrotado.*

El segundo día de mayo, del hermoso mes de maría, del año de 1806, en un lugarejo de la Cote-d'Or, en Francia, unos honrados y cristianos labradores daban gracias al cielo por haberles dado una nueva hija. Era la segunda, que sucedía á siete hijos varones y á otra hija con que Dios había bendecido aquel matrimonio.

Llamóse aquella niña Zoé, y fue educada con gran cuidado por su ma-



dre, en unión con una hermana mayor y otra menor que nació después de Zoé. Empero, la niña no disfrutó por largo tiempo de los cuidados y de las caricias maternas; Dios permitió que quedase huérfana de madre cuando apenas contaba la niña ocho años de edad, y como Santa Teresa de Jesús en igual coyuntura, pensó que la Virgen María era quien de allí en adelante debía seguir sirviéndole de madre. Viéndolas tan pequeñas, pues su última hermana le era más de un año menor, quiso una tía suya, que vivía en Saint-Remy, llevarlas consigo y tenerlas en su compañía para completar su educación; y, en efecto, las tuvo como dos años en su casa; pero su padre, hombre de piadosos sentimientos, y que siendo joven, antes de casarse, había pensado consagrarse al estado eclesiástico, juzgó que podía y debía ocuparse personalmente en la formación de sus hijas, y con ese objeto volvió á hacerlas venir á la casa paterna. A esto se juntaba, el que la hija mayor que gobernaba la casa, estaba resuelta á separarse del lado de su padre para escu-

char la voz de Dios que la llamaba á la Comunidad de las Hijas de la Caridad, y su padre no quería entregar á manos mercenarias el cuidado de su hogar.

He aquí, pues, á la niña Zoé, de edad de diez años, convertida en toda una ama de casa, desempeñando duros y fatigosos quehaceres no propios de su edad. El espíritu del Jansenismo que tanto penetró en Francia y que tan poco á poco se ha ido disipando, hacía que la primera comunión de los niños se difiriera por mucho tiempo. Aún no abogaba calurosamente Monseñor Segur porque dejasen á los niños tiernos estrecharse con el buen Jesús en la Eucaristía. La niña Zoé, no comulgó por la vez primera en su parroquia, sino hasta los doce años; pero el retardo quedó compensado con el fervor y la pureza que la niña había llevado al Santo Altar. Allí conoció que Jesús la tomaba por suya, y allí se le consagró tan enteramente, que solicitada después por varios jóvenes en matrimonio, respondía como las vírgenes cristianas de los primeros siglos: «ya tengo á Cristo por esposo y para Él só-



lo guardo mi fe y á Él sólo entrego mi corazón.» Desde entonces era Zoé más recatada en su porte; ferviente y devota en los diversos oficios, á los que asistía siempre que le era posible, arrodillada en las duras losas; laboriosa en su casa sin retroceder ante los más pesados ministerios, humilde y cumplida hasta llevar por sí misma, al campo, la comida á los segadores; amante de oír buenos consejos, por lo cual visitaba muchas veces á la Superiora de una casa de Hermanas que había en su pueblo natal, de la cual recibía alientos para el trabajo y advertencias saludables para su conducta; modesta y llena de compostura en toda su persona, amante de la mortificación hasta ayunar dos días á la semana á pesar de sus rudas faenas; y, sobre todo, inocente, candorosa y sencilla como un niño, siendo la sencillez como el tipo más marcado de su carácter.

La niña Zoé tenía una pasión. Encantábase con las palomas: estas ave-cillas simpáticas formaban sus delicias: setecientas ú ochocientas venían á ser como su familia; las cuidaba con esme-

ro, las miraba con cariño. Y cuando entraba, corrían á porfía á acompañarla. formándose en círculo á su derredor; parecían darle los buenos días con ese sonido gutural tan dulce que les es propio; saltábanle al regazo y á los hombros, y venían á tomar el grano hasta en las palmas de las manos. Y Zoé las llamaba como si la entendiesen, y á las más cercanas acariciaba, y pasaba dulces ratos olvidando sus fatigas entre aquellas sus aladas hermanas. En el Cántico de los cánticos llama el Espíritu Santo á la Virgen María, su Amada, su Unica, su Paloma; las Hijas de María han sido representadas muchas veces como tiernas palomas á quienes la Virgen benignísima acerca á su seno y acaricia con sus manos; ¿No podremos ver un símbolo de ello en la joven Zoé, sentada en medio de sus amadas palomas, hablándoles, alimentándolas y colmándolas de caricias? . . . Lo cierto es que en la Sagrada Escritura la paloma es símbolo del amor casto de la fecundidad; de limpieza de conciencia, porque es animal muy limpio; (\*) de la altura de

(\*) S. Thom. in Math. III in fin.



los deseos, pues de *columna* le viene su nombre latino, de la compunción de los pecados por lo lúgubre de su canto (1), de la recepción de los sacramentos, pues residen junto á las corrientes de las aguas; (2) y principalmente de la santa sencillez, conforme á la palabra del Divino Salvador: *sed sencillos como las palomas.*" (Math. X. 16.)

Y este dulce atractivo lo experimentó Zoé hasta el fin de su vida; los ancianos del hospital de Enghien y las blancas palomas, compartirían todavía sus afecciones y sus cuidados. Y era ella, por su encantadora sencillez y su inocencia, la paloma favorita de la dulcísima Virgen, que, como su Hijo divino, "con las almas sencillas tiene su conversación." (Prov III. 32.)

Mas si Zoé desdeñaba los espesos terrenos, alegando siempre sus desposorios con Jesucristo: ¿cuál debiera ser su vocación? En cuál de esas religiones, jardines cerrados del esposo celeste, quería el Señor colocarla?

(1) Nah. II. 7.

(2) Cant. V. 12.

Escuchemos:

Una vez parecióle entrar en la Iglesia del lugar, en ella había una capilla dedicada á las almas del purgatorio, á la cual tambien pasó. De improviso se presentó allí un anciano sacerdote, de fisonomía respetable y maneras y movimientos llenos de dignidad y compostura; dulce era su boca, ancha su cara, brillantes sus ojos y la nariz algo aplastada; todo su continente de una majestad maravillosa. Este venerable anciano comienza á revestirse para celebrar el santo Sacrificio de la misa; Zoé asiste á todo él grandemente impresionada. Pero la Misa se termina, y el sacerdote, vuelto hacia ella, le hace señal con los ojos y aun con la diestra, de que se le acerque; mas ella, embargada por una especie de susto ó temor extraño, retrocede sin volverse alejándose del majestuoso anciano. Sale de la Iglesia, y quiere pasar á visitar á un enfermo; entra ésta á la casa, y he aquí que allí se presenta de nuevo el mismo sacerdote, que dirigiéndole la palabra le dice: "Bueno es visitar á los enfermos, hija mía : si ahora has que-



ruido huírme día vendrá en que te tendrás por dichosa en llegarte á mí. Dios tiene designos sobre tí, y no debes olvidarlo." Zoé salió de allí pareciéndole andar por el aire sin tocar el suelo, entra en la casa de su padre y... despierta azorada y latándole el corazón. Todo había sido un sueño!

Pero hay sueños misteriosos, sueños extraordinarios, y no sólo se leen á menudo en las vidas de los santos, sino también en las santas Escrituras de ambos testamentos. La joven, (había llegado á los diez y ocho años,) impresionada con el suyo, preguntaba al párroco de Chatillon qué podría ser ello, y el hombre de Dios le contestó: "Es San Vicente de Paúl que os llama á ser Hijo de la Caridad." Y una hermana suya política, directora de una pensión con quien Zoé había emprendido el instruirse en la lectura y escritura, llevándola un día á una casa de Hermanas que había en Chatillon, la vió retroceder espantada ante un gran cuadro que allí había suspendido.

En aquel cuadro, había reconocido la joven al anciano sacerdote de su sue-

ño. ¡El cuadro era un excelente retrato de San Vicente de Paúl!

Sus deseos de vocación religiosa se encendieron. No se hallaba á gusto en aquella pensión en la cual entraban y salían jóvenes mundanas, de elegantes atavíos, y fútiles conversaciones. Entre aquel bullicio y movimiento, nada aprendía. Dejó, pues, la casa de su hermana política, y vuelve á su pueblecillo, y á su hogar, y á vivir con sus queridas aves, que la extrañaban y la saludaban con sus gorgeos, dulces y graves como los bajos de una flauta.

En ciertas crisis porque tiene el alma á veces que pasar, el corazón humano necesita un alma que nos comprenda, nos compadezca y nos ayude, y por eso dice la Sagrada Escritura, que "el amigo fiel es un tesoro." (Eccli. VI. 14.) Dios quiso dar por entonces á la joven Zoé, unas de esas amigas de inestimable precio: era una Hija de la Caridad, llamada Victoria Sejole que vivía en el mismo pueblo, y después llegó á ser superiora de la Casa. Estas dos almas se comprendieron desde luego; la Hermana



comprendió lo que pasaba en la pobre joven, la aconsejaba, la consolaba y le daba á conocer algo aquel heroico instituto á que Zoé se sentía cada vez más arrastrada. Y como la falta de instrucción exigida para ingresar en las casas de las Hijas de la Caridad, era un óbice casi insuperable, la Hermana Victoria tomó tan á pechos la recepción de su amiga, que importunaba con sus súplicas á la Superiora, ofreciéndose á darle á Zoé las instrucciones que para ello necesitaba.

Así iban las cosas, cuando para poder dar un paso decisivo, la joven quiso manifestar á su padre sus designios. Ya hemos dicho que era aquel un hombre cristiano y piadoso; pero eso no impidió el que llevase muy á mal, que dada su hija mayor á San Vicente, el santo quisiese aun privarlo de la otra, que con tanto acierto gobernaba su casa. Es de creer que el demonio, que con infernal astucia procura adivinar el porvenir, y que barrunta el daño que puede venirle de algunas almas, hizo cuanto pudo, valiéndose no po-

cas veces de los domésticos, para perturbar y echar por tierra su vocación y sus santas empresas. A Santa Catalina de Sena la persiguieron sus padres; á Santa Rosa de Lima, su misma madre; á Santa Catalina de Génova, su marido perverso, á San Estanislao de Kotska, Pablo su hermano, á San Luis Gonzaga, el Marqués su padre; á Santa Teresa una prima mundana. He aquí lo que el demonio promovió contra la pobre Zoé. Tenía su padre en París un hijo que ejercía el oficio de restaurador ó tapicero, y juzgó que las alegrías, y el inmenso barullo de la gran ciudad, curarían las ideas de la joven. Así lo ejecuta, mándala con el hermano, y aquí tenemos á la desolada criatura obligada á hacer algún cambio en su tocado, á presentarse en algunas reuniones, á tomar parte en algunas partidas de placer. No entra la narración histórica que tenemos en esos detalles; pero facil es, conociendo el carácter de los parisienses, y reflexionando en las recomendaciones hechas al hermano por su padre, comprender cuánto no se trabajaría, no en perder



ni prostituir á la joven, que jamás lo pensaron, sino en entretenerla, en divertirla, en llenarle la cabeza de las mil bagatelas, de que ha dicho la Escritura, que ejercen una fascinación que llega á obscurecer todos los bienes, (Sap. IV. 12) los propósitos, las devociones, los piadosos sentimientos . . . La prueba fue corta, de cerca de dos años, pero ruda. La Virgen María cuidaba á su hija muy amada, y conservaba su candor y protegía, en medio de la moderna Babilonia, su inocencia. Sus deseos, lejos de apagarse, se encendieron aún más; su vocación se fortaleció entre los peligros, y el haber dado al mundo una ojeada forzosa, sólo le sirvió para conocer su vanidad y sus horrores, y para querer más pronto huírlo y abandonarlo. Dios le inspira escribir á su hermana política la carta en que Zoé le muestra su corazón despedazado; impresionó á la hermana vivamente, hizo ánimo de favorecerla, trájola á su casa, y se interesó con su padre, con tal empeño, que al cabo le arrancó su consentimiento. No pudo negarse á instancias tan piadosas y tan

repetidas, y por fin vino en ceder á San Vicente su segunda hija así como le había cedido la primera.

La Inmaculada Virgen triunfaba, el demonio una vez más quedaba derrotado y vencido!